

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>La esperanza</i>	3	
<i>Hans Urs von Balthasar</i>	5	La esperanza entre la fe y la caridad
<i>Pedro Alurralde</i>	17	El monje y la esperanza
<i>Jean-Louis Brugues</i>	21	El arte de durar
<i>Alberto Espezel</i>	33	Esperanza y purificación en la teología contemporánea
<i>Xavier Tilliette</i>	43	Notas y reflexiones sobre la virtud de la esperanza
<i>Carlos G. Hoevel</i>	51	Para una espiritualidad ante la muerte
<i>Santiago Kovadloff</i>	59	Lo peor ya pasó
<i>Olegario González de Cardedal</i>	67	Destino histórico, experiencia religiosa y creación artística
<i>Leonardo Cappelluti</i>	84	Iglesia, Eucaristía e Inculturación

El arte de durar

*por Jean-Louis Brugués**

Es casi trivial afirmar que la relación con el tiempo se ha modificado profundamente en muchos de nuestros contemporáneos. Habiéndose vuelto muy sensibles al cambio, ellos perciben mal la duración. Sólo retienen el instante. Conducen toda actitud moral a la sinceridad, es decir a la adecuación de lo que expresan en palabras o en actos, con el sentimiento que experimentan. Experimentan como hipocresía toda diferencia entre el acto que realizan y la resonancia interior que lo acompaña. “No te amo ya” significa para ellos: “No experimento ya nada para tí en este momento”. En consecuencia, ponen bajo sospecha, cuando no lo rechazan, todo compromiso duradero. En esa casi imposibilidad de admitir la duración, de integrarla en una perspectiva sobre la cual muchos de nuestros compañeros creen haber perdido todo dominio personal, podemos señalar sin duda una de las fuentes de la crisis actual de la institución del matrimonio. “¿Cómo podría comprometerme hoy con toda sinceridad, cuando no sé qué habré llegado a ser —o qué habré llegado a ser el otro— dentro de diez o treinta años, o mañana?” Por esto se explica también en parte la formidable crisis en el ministerio presbiterial, en la vida religiosa que conmueve desde hace unos veinte años a la comunidad católica, que sería temerario pensar que se encuentra superada ya. Dando privilegio al instante en detrimento de la duración, nuestro contemporáneo ha dejado de creer en las virtudes de los medios tradicionales por los que el hombre se esforzaba por domesticar al porvenir. Toda regularidad se ha vuelto gravosa. Se prefiere la espontaneidad, lo que es otro modo de reconocer la supremacía de la sinceridad. El rito le es insoportable. Sólo retiene de él el carácter repetitivo que lo

*Jean-Louis Brugués, nacido en 1943, entrado en la orden de los Hermanos Predicadores en 1968, sacerdote en 1975, prior del convento de Toulouse, enseña la teología moral fundamental en el Instituto Católico de Toulouse.

expone, cree, al peligro del formalismo. Ese peligro no es ilusorio, ciertamente, pero ¿de dónde proviene el olvido de la significación pedagógica de esos actos repetidos, en una forma idéntica, que no se dirigían solamente a “expresar” o a celebrar, sino a “imprimir” en nosotros una relación con el tiempo percibida en su permanencia y no en sus alteraciones sucesivas, a suscitar en nosotros por hábito una certeza laboriosa para afrontar mejor la incertidumbre del devenir?

Así tiende a formarse ante nuestros ojos una religión de entusiastas. Viviendo la fe cristiana sólo en el instante, sólo en el registro de la sinceridad, se la representa de buena gana como un entusiasmo. Entendámonos bien: es indispensable que surjan momentos de entusiasmo en la existencia cristiana. Se piensa evidentemente en el entusiasmo de la conversión reciente. Ese entusiasmo primordial podrá ser reiterado en los “tiempos fuertes” que jalonan la práctica eclesial: la comunión con el Cuerpo de Cristo, el perdón recibido y la esperada, alguna experiencia especialmente fuerte en la proximidad fraternal, la certeza de una “presencia” a la vez seca y dulce en medio de la oración, los frutos inesperados de la misión recibida en el bautismo, el deslumbramiento ante la coherencia de la Palabra... o simplemente una palabra de compasión. Pero lo propio del entusiasmo es no durar. En vano, uno se esfuerza por hacer retroceder sus límites. Habrá así momentos naturalmente raros en demasía en que se pueda vivir la fe y otros en que no sucederá nada. La existencia cristiana conocería un desarrollo en dientes de serrucho, una sucesión de “stop and go”, un alternar de períodos de entusiasmo y de anchas fajas de reflujo, de abatimiento, de morosidad o, para emplear una palabra reciente, de “depresión”. En la extraordinaria novela de Buzzati, *Le désert des Tartares* (El desierto de los tártaros), la contraseña dentro de la fortaleza es “milagro”, a la que hay que responder “miseria”. La existencia cristiana vería así sucederse, en un ciclo desolador, las fases de exaltación del “milagro”, cuando nuestra sensibilidad experimenta como una proximidad de lo divino, y fases de recaída donde cada uno vuelve a la “miseria” de una existencia que nada podría cambiar¹. Ciertamente se puede apresurarse a bautizar como “desierto” esas fases de apocamiento para conferirles un valor espiritual. Ello sería olvidar que sólo el Espíritu

¹ D. Buzzati, *Le désert des Tartares* (El desierto de los tártaros), Livre de poche, p. 80.

nos conduce al desierto donde Dios nos hablará. Nunca se ha prometido esperanza a los desiertos fabricados por nuestra torpeza o por nuestra inclinación a medir la vida. Si sólo se experimenta la fe en el modo del entusiasmo, uno se expone a la desesperación. Es importante hoy que el cristiano “se reconcilie con el porvenir” para retomar una expresión de J. Moltmann. Debe volver a aprender o volver a inventar el arte de durar. La duración, como cualquier otro elemento de la creación, está confiada a la inteligencia humana. ¿Nos angustiaría tanto el porvenir si conociéramos los medios no de programarlo, lo que pertenece al arsenal de las ilusiones científicas, sino de resistirlo? ¿Hay que renunciar, a través de los acontecimientos siempre inesperados y a veces contrarios, a mantener los compromisos que estructuran nuestra personalidad moral? Está en juego en ello nuestro equilibrio. Está en juego en ello nuestra esperanza.

El arte de la duración tiene un nombre: la paciencia.

La paciencia, elogio de la calma

La paciencia es un arte de vivir. “Es por vuestra paciencia que vosotros salvaseis vuestra vida” (Lc. 21, 19). Hay que precisar: es un arte de vivir lo cotidiano. Ella representa una virtud de resistencia y nos impulsa a mantenernos a pesar de los golpes de la adversidad. “*Nadie ignora, escribe Casiano, que paciencia viene de padecer y de sostener*”; ella nos hace quedarnos inmóviles, explica, cuando se desencadena sobre nosotros la tempestad de la tentación; él la compara a la casa cimentada sobre la roca, de que habla el Evangelio, y no sobre la arena². San Agustín propone una definición más amplia que ha llegado a ser clásica en teología: “*La paciencia del hombre consiste en soportar los males, con ánimo sereno, para no perder por falta de serenidad, bienes que nos conducen a otros mayores*” (*De la paciencia II, 2*).³

Con demasiada frecuencia se ha hecho de la paciencia la máscara de la apatía. Se atribuye esa “cualidad” a gente que, por falta de inteligencia o de imaginación, no saben qué hacer y se abstienen de toda decisión. La paciencia no tiene nada que

² Casiano, *Conférences* (Conferencias) (XVIII, 13), Sources chrétiennes, N° 64, Cerf, 1959.

³ San Agustín, *De la patience* (De la paciencia), Bibliothèque augustinienne, 2, Desclée de Brouwer, Paris, 1937.

ver con la resignación a pesar de las apariencias. Por el contrario, representa un rostro de firmeza. Por esta razón en la teología de las virtudes, estaba colocada bajo la moción de la fuerza. Porque se hace constante referencia a ella a lo largo de la jornada, fue percibida muy pronto como una cualidad mayor del comportamiento cristiano. El tratado más antiguo de teología moral que conocemos es el *De patientia* de Tertuliano, compuesto hacia el 200. El autor, no sin exageración hace de ella la primera de las virtudes que debe regir el todo de nuestro obrar. Los paganos habían visto en ella, asegura, la *summa virtus*. Es seguro que tomó una importancia creciente bajo los estoicos y que los primeros autores cristianos tuvieron tendencia a integrar pura y simplemente en su reflexión propia el análisis muy completo que habían descubierto en esa tradición filosófica.

La condición humana está encajada en el tiempo. La duración, no el instante demasiado fugaz, representa el lugar natural y necesario de nuestro aprendizaje de la perfección humana y de la fidelidad cristiana. Hace falta tiempo para alcanzar aquel ser al que Dios nos ha llamado. ¿Es necesario precisar que ese esfuerzo desarrollado en la duración constituye una de las pruebas más temibles que debemos enfrentar? Cuando acontecen sucesos especialmente dramáticos, todo nuestro ser se recoge para hacerles frente. La urgencia nos impone movilizar la totalidad de nuestras energías. En los “golpes duros” como el duelo o la enfermedad, o frente a los más graves peligros, empezando por la perspectiva de nuestra propia muerte, suscitamos una fuerza que, a veces, nos revela a nosotros y a los demás. Pero esos acontecimientos distan de constituir la trama de nuestras existencias. Su carácter excepcional les confiere un brillo que, por contraste, hace opaco al entredós, es decir en realidad la mayor parte de nuestra vida. Sin embargo, en ese entredós es donde se forja nuestro carácter, donde se construye nuestra personalidad moral, donde se experimenta la fidelidad cotidiana a las exigencias bautismales. La vida cristiana requiere un aprendizaje laborioso, cotidiano, frecuentemente oscuro. “No es quien dice ‘Señor, Señor’ (instante) quien entra en el Reino de los cielos, dice Jesús, sino el que cumple la voluntad de mi Padre (duración)” (*Mt.* 7, 21). En otra parte del Evangelio, proponiéndonos el ejemplo de los dos hermanos, nos invita a elegir al primero como modelo: por el momento, se niega a obedecer al Padre, pero concluye por realizar la tarea que se le había pedi-

do (Mt. 21, 28-32). La conversión no es asunto de un instante. Para ser eficaz, debe desarrollarse a lo largo de toda la existencia. La paciencia no es sino la conversión a lo cotidiano.

Si retomamos la definición propuesta por San Agustín comprobamos que la paciencia comporta tres elementos esenciales:

1. *Una motivación.* Ella está sustentada por la esperanza. Sólo porque estamos esperando los bienes futuros, aceptamos soportar los males que nos sobrevienen a lo largo de nuestro peregrinaje terrestre. La promesa de Cristo da sentido a nuestros sufrimientos. Por eso, explica San Agustín, no podrían asignarse a la paciencia objetivos irrisorios, bajo pena de descalificarla. Torturarse mutuamente como hacen los bandidos para entrenarse a no hablar bajo la acción del verdugo no merece el nombre de paciencia, porque *“la paciencia es la compañera de la sabiduría y no la esclava de la concupiscencia”* (De la paciencia V, 4). La paciencia nos asimila a los pobres, a los dulces, a los que lloran, expresa Tertuliano: es a los pacientes pues a quienes la beatitud ha sido prometida expresamente.

2. *Un estado de espíritu.* El implica una actitud psicológica caracterizada por la serenidad y la tranquilidad de corazón, en una palabra, la calma. No se debería vincularla a ninguna idea de sequedad de sentimientos o de amargura que no osa expresarse. No se trata de “mantener” apretando los dientes, sino de conservar a pesar de las contrariedades una cierta cualidad del alma. A veces actuaremos “como si”, cuando nada en nosotros parece adherir a los actos que debemos realizar. La paciencia es a la vez condición y manifestación del equilibrio personal y de la armonía interior. Más adelante habremos de volver sobre esto. Esto explica que la teología posterior hará de la paciencia la virtud de resistencia a la tristeza, sentida bajo todas sus formas de dolor, de sufrimiento moral o, más simplemente, de acedia, de cansancio y de esa especie de desaliento que nos acecha cuando todos los días y siempre de manera idéntica retomamos nuestro oficio de hombre y de creyente, acechados por las mismas trampas, cediendo quizá a las mismas solicitudes. La paciencia mantiene la esperanza cotidiana en ausencia de todo cambio perceptible. *“Es necesaria una virtud para defender al bien moral contra la tristeza e impedir al alma sucumbir: es el papel de la paciencia”* (Suma teológica, IIa IIac. q.136, a.1).

3. *Un proyecto.* Finalmente la paciencia nos enseña a dominar el porvenir, no ciertamente en su desarrollo, pero sí en la resonancia que esos acontecimientos despiertan en nosotros. Siempre es para un tiempo indeterminado que debe mantenerse el esfuerzo general de conversión: no se encara ese esfuerzo sin inquietud, tanto sabe uno que es débil y vulnerable. La paciencia deberá dominar el temor que se siente frente a la duración prevista. Tomará entonces la forma de perseverancia. Más sutilmente, la perspectiva de esa larga duración suscita en nosotros impulsos de huida. ¿Es necesario empezar tan pronto? ¿No es mejor dejar para más tarde ese paso costoso de la conversión? El peligro que nos acecha es el desaliento, el temor de deber aflojar nuestra tensión de la esperanza. La paciencia que supera ese nuevo temor se llama longanimidad. Surge todavía una nueva dificultad. Se ha superado con éxito una prueba y se empieza a respirar. Cuando menos se espera, nos alcanza un nuevo choque. Habíamos, por ejemplo, aprendido a regir una debilidad física o una falla de nuestra personalidad; pero de pronto renace la duda sobre la utilidad de los esfuerzos cumplidos y de los sacrificios consentidos. ¿Para qué tanta obstinación? ¿Qué sentido debe darse a las mutilaciones que se nos han impuesto, a las que hemos consentido libremente? Luego resulta que esa duda no es exclusivamente personal. Los que nos rodean y deberían comprender manifiestan a su vez su escepticismo. Se choca con la incomprensión y con el sarcasmo. La fidelidad a las líneas de fuerza que habíamos querido imponer a nuestra vida o a los compromisos que ahora nos pesan, ¿no es una obstinación? La paciencia no debe vencer sólo nuestros movimientos interiores de defección, sino también los obstáculos que surgen del exterior. Ella se hace constancia. Perseverancia, longanimidad, constancia: la paciencia genera en nosotros hombres sólidos. Nos evita lanzarnos a la carrera tras los entusiasmos. Nos impide comportarnos como veletas que la moda, la opinión ajena, la seducción de la facilidad orientan en un sentido, luego en otro. Nos libra de la presión del desaliento. Nos incita a la virilidad y con ella, sin duda, la palabra "virtud" recibe su significación más profunda. Fundamenta toda confianza, la que nos acordamos a nosotros y que ponemos en nuestras empresas, y también la que nos acuerdan los otros. Caracteriza la actitud que consiste en imponernos a la vida para que la vida no se imponga a nosotros.

¿Es cristiana la paciencia?

Se juzgará quizá que este análisis es demasiado humano. ¿En qué se distingue la paciencia cristiana de la paciencia estoica, por ejemplo, en la que inspiraban los Padres? La pregunta, muy antigua, ha vuelto a la actualidad en los años 70 con ocasión del amplio debate que ha animado la teología moral: ¿existe una ética específicamente cristiana? El propósito de estas líneas no sería retomar todos los datos del problema para discutirlos. En un plano humano, nada absolutamente puede distinguir la paciencia cristiana de la paciencia no cristiana. Si ciertos Padres como Tertuliano, Lactancio, San Ambrosio o San Agustín, y más tarde, Santo Tomás o aún San Francisco de Sales han conservado la aproximación estoica a la paciencia para insertarla en una perspectiva cristiana es que ellos estimaban que esa aproximación era concreta y satisfactoria. Decir, por ejemplo, que el análisis de Tertuliano es más estoico que cristiano, como lo hace el prologuista de una edición reciente de ese Padre, no es pertinente si uno se limita sólo al dominio de la reflexión moral⁴. No es pues en su dimensión moral o psicológica que la paciencia cristiana ofrece una originalidad cualquiera. Porque ella traduce una permanencia del comportamiento humano, el análisis estoico sigue siendo, en nuestra opinión, perfectamente aceptable todavía hoy. El presente ejemplo de la paciencia nos permite subrayar una respuesta de más amplio alcance: lo específico de la ética cristiana no debe ser buscado en los componentes “morales”, todos tomados de fuera, todos importados en tierra cristiana, pero en su dimensión “teologal”.

Cuando Séneca se pregunta: ¿cuál es la mejor consolación en el sufrimiento y la tribulación?, él responde: “Es que el hombre tome toda cosa como si él la hubiera deseado y pedido”. El cristiano es quien en toda circunstancia busca la voluntad del Padre, a imagen de Cristo y se esfuerza en ponerla en práctica. A la pregunta planteada por Séneca responderá: “Es que el creyente tome toda cosa como si ella fuera deseada y pedida por Dios”. Es sólo en este paso de la voluntad personal a la voluntad de Dios, donde se presenta la especificidad de la paciencia cris-

⁴ Tertuliano, *De la patience (De la paciencia)*, Sources chrétiennes, N° 310, Cerf, 1984, p. 30.

tiana. Es cierto que ese desplazamiento es capital⁵. Pero en su consistencia humana, los actos de paciencia realizados por el creyente no difieren en nada de los realizados por los que no comparten su fe.

Recordemos que la moral por entero es en primer lugar una imitación de Dios en sí mismo y en su "conducta". No nos asombremos entonces de comprobar que los mismos autores que han "aculturado" el modelo estoico de la paciencia propongan al creyente imitar la paciencia de Dios. San Agustín subraya que siendo impassible por naturaleza, Dios no puede sufrir y por consecuencia no puede experimentar la paciencia. Sin embargo, a partir del momento en que interviene dentro del tiempo humano, se revela como fuente y modelo de toda paciencia. Tres grandes "momentos" de la manifestación de la paciencia divina pueden ser destacados:

—Por la creación, Dios abre "*el tiempo de su propia paciencia*" (Rm. 3, 25). Soporta los pecados de todas las naciones porque ama y quiere salvar a toda criatura humana, ...*él que desde el principio derrama igualmente sobre los justos y los injustos el brillo de nuestra luz, que sufren que beneficien del servicio de las estaciones, de la domesticidad de los elementos, de los presentes de la creación entera tanto los que los merecen como los que no los merecen*" (Tertuliano, op. cit. II, 2). El episodio bíblico de Jonás ilustra esa paciencia del creador hacia todos los pueblos.

—Dios se revela "lento para la cólera y lleno de amor" a Israel (Sal. 103, 8). Sabe de qué hemos sido hechos y perdona cada una de las infidelidades del pueblo que ha escogido. La paciencia de Dios evoca la del padre hacia el hijo desobediente o del hombre que quiere "olvidar" el adulterio de su mujer. Toma entonces el rostro de la misericordia. Pero que Israel no se equivoque: esta paciencia no es signo de debilidad de parte de Dios

⁵ La teología espiritual insistirá sobre sumisión a la voluntad divina como primer acto de la paciencia humana. Los Apotegmas de los Padres del desierto nos cuentan cómo un monje se quejaba a otro de sus sufrimientos. "*¿Quieres tú, hijo mío, respondió el segundo, que yo pida a Dios que te libre de ellos? No, Padre mío, porque ellos me son beneficiosos, lo reconozco. Pide más bien a Dios que me de su gracia para que cumpla su voluntad y sufra de buen grado*". Para el Maestro Eckhart la paciencia caracteriza al cuarto grado del hombre interior. "*El cuarto grado es cuando él cree y se arraiga cada vez más en el amor y en Dios de modo que está dispuesto a aceptar todo lo que es contrariedad, tentación, adversidad y a aceptar el sufrimiento de buen grado, con deseo y alegría*". (De l'homme noble, Sobre el hombre noble, (Seuil, 1971, p. 147).

sino invitación a la conversión. “Desgarrad vuestros corazones y no vuestras vestiduras, volved al Señor, vuestro Dios, porque él es ternura y piedad, lento para la cólera, rico en gracia y tiene pesar del mal” (Jr. 2, 13). Evidentemente es Job quien llega a ser la figura del paciente en el Antiguo Testamento.

—El modelo de la paciencia que nos ofrece Dios llega a su perfección en la Encarnación. Se puede decir que la paciencia es un rasgo específico de Cristo. Habría que citar íntegramente las frases magníficas en que Tertuliano la evoca. Cristo es paciente en su enseñanza (por ejemplo, la parábola del hijo pródigo), en las relaciones que establece con sus discípulos (por ejemplo, cuando los reprende por querer vengarse, en Lc. 9, 55), sobre todo en su Pasión. *“Dios sufre pacientemente el nacer... No ha roto la caña quebrada, no ha apagado la mecha humeante... Acoge a cualquiera que quiera adherirse a él, pero no ha despreciado la mesa ni el techo de nadie. Cuando es entregado, cuando es llevado como una res al matadero... él, a quien, si hubiera querido, con un solo llamado de su parte hubieran asistido legiones de ángeles viniendo del cielo, no ha aprobado siquiera la espada vengadora de uno solo de sus discípulos. Nada digo de su crucifixión, había venido para eso. Sin embargo, para afrontar la muerte, ¿todavía eran necesarios los insultos? Pero, en el momento de irse, quería saciarse del placer de la paciencia: lo escupan, lo golpean, se burlan de él, lo visten de modo degradante, lo coronan de un modo más degradante todavía. ¡Fe admirable en la ecuanimidad! ¡Aquel que se había propuesto ocultarse bajo una figura humana no ha imitado nada de la impaciencia humana! Fariseos, en ese signo más que en ningún otro debíais haber reconocido al Señor, ningún ser humano podía dar prueba de tal paciencia!* (op. cit. III, 2-10). Tomando entonces por modelo al mismo Cristo, o antes que él, a los profetas (St. 5, 10), y después de él, a los mártires, el fiel es invitado a *“tener paciencia hasta la venida del Señor”* (St. 5, 7). Esta imitación es imposible a la naturaleza humana herida. Pero el Espíritu trabaja en nosotros y alrededor de nosotros para edificar una creación que culminará en la parusía. Por eso, él acuerda paciencia, dulzura y dominio de sí (Ga. 5, 22) a los que se han revestido de Cristo. San Agustín explicará que la paciencia no resulta sólo de las fuerzas humanas de la voluntad; ella viene de quien difunde la caridad en nosotros.

La impaciencia en cada pecado

De manera curiosa, cuando Sto. Tomás estudia la virtud de la paciencia, no la encara a partir de los vicios que le serían opuestos, contrariamente a su modo de exposición habitual. Es quizá, porque la impaciencia no designa una actitud moral particular, sino más bien la fuente, el primer movimiento de todo pecado. Cuando en el relato del Génesis la serpiente evoca ante Eva la perspectiva de “ser como dioses” (*Gn.* 3, 5), la mujer no manifiesta ningún asombro. Ella lo sabía. La creación a imagen de Dios no debe ser interpretada de manera estática. Hay que mirarla también como la inauguración de un proceso de “divinización”. Creado a imagen de Dios, el hombre sabe que llegará a ser semejante a él y que lo verá tal cual es (*1Jn.* 3, 2). Así la tentación de la serpiente no se referirá al término, sino a los medios, sin duda se ha favorecido exageradamente una lectura prometeica del relato bíblico: se ha hecho del “pecado original” un pecado de orgullo y de rebelión. Eva quiere todo —llegar a ser Dios— y su aspiración está justificada porque se inserta en la lógica de la creación. Pero ella lo quiere enseguida; lo quiere obtener por sus propios medios, comiendo del fruto prohibido. Ella rechaza el tiempo; no quiere esperar el desarrollo en el tiempo de la plenitud prometida; busca alcanzarla al instante. Si con muchos teólogos contemporáneos, consideramos que la parábola del hijo pródigo es la lectura que propone Jesús del pecado “original”, nos vemos confirmados en nuestras intuiciones. El más joven de los hijos reclama al padre “la parte que le corresponde”, precisa el texto. El pecado no consiste entonces en pedir esa parte; el hijo tiene derecho a ella. Pero se niega a esperar. Necesitaría tiempo, y por tanto la paciencia, para aprender a administrar, si no a gozar. Más bien que recibirla, y vincularse así al deseo del otro, quiere asegurar por sí mismo su placer. Su divisa podría ser la de los hijos malcriados: “Quiero todo y enseguida”. Habiendo partido para llevar una vida a su guisa, no puede sino disipar sus bienes, queriendo afirmar demasiado pronto su libertad, cae bajo la esclavitud de los otros, llegar a ser libre es también cuestión de paciencia.

En la raíz del pecado de los orígenes, pero también en toda clase de pecados, puesto que el primero constituye su prototipo, su forma arquetípica, se encuentra la impaciencia. Es raro que en nuestras faltas no echemos la culpa al mismo Dios. Sin duda,

somos menos orgullosos que lo que se nos ha querido hacer creer. Pero sin procurar romper nuestra amistad con el Padre, preferimos elegir nuestro camino y obtener por nosotros mismos lo que nos ha prometido. La decisión del pecado se refiere a los medios, casi nunca al término. En el pecado preferimos el instante al tiempo.

La paciencia acompañada

Que no hay error sobre la apariencia modesta de la paciencia. Es una virtud fundamental en el sentido literal del término. Garantiza nuestro equilibrio. Asegura nuestra esperanza. Protege a todas las otras virtudes contra los desórdenes que provoca la impaciencia. Sin embargo, es amenazada a su vez por dos peligros pero desde su interior: la sequedad y la pasividad. A causa de lo que supone de esfuerzo voluntario y de tenacidad, la paciencia puede presentarse a nosotros bajo rasgos duros, casi ásperos. No es sin embargo insensibilidad. Para ser plenamente convincente debe ser acompañada por la dulzura. Esas dos cualidades morales han sido muy pronto asociadas en la reflexión cristiana. Casiano hablaba ya de *“la dulzura inalterable de la paciencia”* sin la que nadie llega a salvaguardar la castidad del corazón⁶. Santo Tomás explica así la articulación de las dos virtudes entre ellas: *“La paciencia es una obra perfecta cuando se trata de soportar las pruebas, luego la cólera que modera la dulzura, luego el odio que rechaza la caridad, finalmente el perjuicio hecho al prójimo que impide la justicia”* (IIa IIae p. 136, a.2. ad primum). En cuanto a San Francisco de Sales, él gustaba repetir, en su francés sabroso, que se cazan más moscas con la miel que con el vinagre. *“Vale más hacer penitentes por la dulzura, escribía, que hipócritas por la severidad”*; luego en una de sus cartas: *“Tened cuidado de practicar la humilde dulzura que debéis a todo el mundo: porque es la virtud de las virtudes que el Señor nos ha recomendado; y si llegais a faltar a ella, no os perturbeis: pero con toda confianza, levantaos de nuevo para marchar derechamente en paz y dulzura como antes”*. La dulzura desarma a la violencia.

Por la paciencia soportamos los choques de la existencia. Pero en la moral cristiana no debería interpretársela como una

⁶ Casiano, *Conférences* (Conferencias), XII, 6, Sources chrétiennes, N° 54, Cerf, 1958.

pasividad, una apatía, una falta de audacia o de imaginación. Ella no nos hace soportar la vida. Nos impulsa a tomarla a nuestro cargo y a construirla. Nos invita a ver en grande, a hacer en grande —tomando siempre a Dios por modelo—. La verdadera paciencia condice mal con una fraseología de la humildad a la que no ha sabido resistir siempre una cierta literatura espiritual. Llama entonces a ese otro rostro de la humildad que es la magnanimidad. Quizá se pensará que esta palabra está anticuada. Lo que ella abarca no podría sin embargo dejarnos indiferentes, porque ella evoca el ímpetu, el coraje, la nobleza que nos impulsa a obras de cualidad y que exige una justa estimación de lo que somos y de lo que podemos acometer. Por la magnanimidad damos la plena medida de nosotros mismos. Movilizamos nuestros recursos. Aparta esa inquietud que llevamos en lo más profundo de nosotros: “¿Soy en verdad capaz de llegar?” Aparta la obsesión del fracaso. Nos convierte a la esperanza.